

TEMA 2: ANÁLISIS DE SU OBRA

TÍTULO: **WAGNER Y LAS TRANSCRIPCIONES PARA ÓRGANO**AUTOR: *Sebastian Fabricius*

Si la música no fuera más que esto, la satisfacción que procura sería similar a la que sentimos al solucionar correctamente un problema de cálculo y no podría suponer ese goce que nos produce al convertir en lenguaje la más profunda intimidad de nuestra esencia.

Arthur Schopenhauer.

Se ha llamado al órgano, y con razón, el rey de los instrumentos musicales. Su amplio dominio sonoro y la riqueza casi ilimitada de matices, timbres y colores que puede poseer, justifican la expresión. Si bien el órgano, tal como lo conocemos, es una genuina creación de la Edad Media, fue gracias a Aristide Cavallé-Coll (1811-1899), famoso fabricante de órganos, que este instrumento alcanzó una perfección tal que sus recursos sonoros, desde entonces, son capaces de emular los de una orquesta sinfónica (¡entera!). De tal manera, los registros del llamado "órgano sinfónico" van desde las notas más poderosas que uno pueda imaginar, hasta los matices más etéreos y delicados.

Si bien las Iglesias cristianas –tanto la católica como las protestantes–, en razón del carácter inefable de su música –que invita al recogimiento y la reflexión– han adoptado al órgano como el único instrumento digno la liturgia, la suya es una música que supera ampliamente los estrechos límites del culto. No solo el repertorio organístico es enorme –pues abarca más de 500 años de historia musical–, sino también excepcional por variedad y por riqueza. La mayoría de los grandes músicos han estudiado y probado su talento con este magnífico instrumento. Pero es Johann Sebastian Bach en el siglo XVII quien ha llevado al órgano hasta límites que son difíciles de superar. Su *Tocata en re menor* (BWV 565) no es solamente una pieza magistral, como todo lo que ha compuesto el fecundo Kantor de Leipzig, sino la obra de un genio sobrehumano. Oyéndola, se tiene la escalofriante sensación de estar viendo cómo colapsa el universo: los planetas se chocan entre sí, las estrellas estallan, el sol se sale de su órbita y nuestra buena y vieja Tierra acaba siendo consumida por el fuego del que una vez nació. Sorprende pensar que pudiera componerse en aquella época una música tan moderna: ¡Música cósmica, música del infinito, música de Dios y las esferas!

Richard Wagner nunca ha escrito piezas musicales dedicadas al órgano. Toda su obra, con la excepción de algunas sinfonías (una completa y otra que ha quedado en fragmento), lieder, oberturas, arreglos orquestales, coros, cantatas y piezas para piano, está esencialmente destinada al teatro. Sin embargo, en varias de sus obras dramáticas sí se escucha el órgano, claramente audible en la orquesta: en *Rienzi*, escena 3 del acto IV con el coro "Vae, vae, tibi maledicto!", en *Lohengrin*, durante la escena de la boda al final del segundo acto, y en *Los maestros cantores*, inmediatamente después del preludio, al inicio del primer acto, acompañando el coral "Da zu dir der Heiland kam". En todas estas oportunidades, la música, de un carácter puramente eclesiástico, adquiere un dramatismo que acentúa aún más la trama. ¿Quién no se

estremece al recordar la inquietud interior de Elsa, inquietud avivada por Gertrud, al casarse con un hombre al que verdaderamente ama pero, al mismo tiempo, desconoce?

Convengamos también, respecto al tema que aquí se trata, que la arquitectura de la música orquestal wagneriana posee muchas características afines a la del órgano: grandeza de concepto, motivos amplios y solemnes que van de lo más delicado hasta lo *fortissimo*, predilección por los instrumentos de viento (clarines, trompetas, trombones, incluso la tuba *wagneriana*), pureza en la forma que exige un virtuosismo técnico fenomenal en los ejecutantes. Incluso la concepción de la *melodía infinita* (aunque fruto de una consciente y laboriosa creación) nos remite a las grandes improvisaciones para órgano, donde la música brota libremente gracias a una inspiración que parece no tener fin. Ahí están, como ejemplo, los últimos trabajos del belga César Franck que nos ha dejado, casi al borde de su vida, como legado esos vastos Corales que son verdaderas catedrales sonoras.

Hemos hablado de Wagner, y algo parecido sucede con Bruckner, ese enorme y elevadísimo músico wagneriano. En su tiempo no hubo un organista mejor: los reyes iban a escucharlo tocar y multitudes acudían a sus conciertos para órgano. Por años estuvo al servicio del gran órgano de la austríaca abadía de Sankt Florian— la mayor, quizás, de las austeras alegrías del piadoso Anton— con una dedicación admirable; tanto es así que sus restos mortales descansan, de acuerdo con su voluntad, debajo del gigantesco instrumento. A pesar de ser un eximio organista, Anton Bruckner nos ha dejado obras para órgano que parecen meros ejercicios de composición si las comparamos con sus colosales sinfonías, pero también en éstas se destaca la amplitud, la pureza de las formas y la religiosidad propias del sinfonista que componía como organista.

De los partidarios de la *Música del futuro*, quien más se ha destacado en la composición de obras para órgano es el virtuoso y polifacético Franz List. Católico y sensual, austero y grandioso, ascético y don Juan, cuyo fascinante periplo vital resume todas las contradicciones del Romanticismo literario y musical. Habiendo recibido las órdenes menores en Roma, destinará los últimos años de vida a la composición de música religiosa en las que el órgano tiene una gran preponderancia. ¡Qué *Requiem* el suyo! Y hablando de List y la música de órgano, no se puede dejar de mencionar a Camille Saint-Saëns, otro gran músico wagneriano —aunque a su manera— cuya monumental *Sinfonía n.º 3* para órgano y orquesta resume todo lo grande y sublime del pasado siglo. Curioso es que este confeso y sincero ateo, que pasó muchos de sus años sirviendo a la Iglesia en el gran órgano de La Madeleine, haya compuesto una música perfecta en lo técnico pero también profunda, conmovedora y esencialmente religiosa —aunque también a su manera—.

Pero volvamos a Wagner. Teniendo en cuenta la popularidad de sus obras, era lógico que aparecieran transcripciones para otros instrumentos. Son bien conocidas las hechas para piano, tarea que el propio Wagner se vio obligado a realizar en las épocas más difíciles de su vida (data de 1831 un arreglo suyo de la Novena de Beethoven para piano a cuatro manos). El arte de la transcripción o arreglo se convirtió en el siglo XIX en un auténtico fenómeno de masas, principalmente por la ausencia de medios de reproducción como el fonógrafo y la radio, y fenómenos como las grandes exposiciones universales —con salas de concierto equipadas con enormes órganos—

propiciaban que organistas como Edwin Lemare se lucieran tocando obras de Wagner, Elgar o Brahms.

Edwin Henry Lemare (1865-1934), músico inglés que vivió la mayor parte en Estado Unidos, fue uno de los más aclamados organistas de su tiempo, compositor de calidad, famoso pionero por sus transcripciones, especialmente de la música wagneriana. Si bien este género le permitía demostrar su excepcional destreza en la ejecución, y su técnica fenomenal en la reproducción por parte del órgano de toda la paleta y el colorido orquestal, Lemare creía sinceramente que sus conciertos difundían las grandes obras de la cultura musical en audiencias que de otro modo nunca las escucharían, puesto que no todas las ciudades estadounidenses contaban con una orquesta sinfónica, pero sí con un órgano. Hasta el día de hoy, sus transcripciones siguen siendo populares; prueba de ello es su vigencia en el repertorio de los organistas. Podemos hacer referencia a las siguientes grabaciones, de entre muchas más, por su fidelidad y calidad:

1. Erwin Horn, nacido en 1940 en Würzburg, Alemania, es un organista eximio y profundo admirador de la música wagneriana. Fruto de ese amor son sus propias transcripciones, ejecutadas en el órgano (*Organum classics/2002*) del Monasterio agustino de Würzburg. Como curiosidad está el coro de los marineros del *Holandés*, y como verdaderas joyas destacamos el preludio de *Lohengrin*, el de *Tristán e Isolda*, así como el *Liebestod*, y el final de *Parsifal*. Los arreglos están tan bien logrados y ejecutados que uno llega a olvidar que ésta es música de órgano. ¡Admirable!

2. Para felicitar también es el CD titulado *Richard Wagner, una soirée musicale chez Albert Baron de l'Espée* (Aeolus 2011) con Christoph Kuhlmann al órgano de El Salvador de Usúrbil (Guipúzcoa) y la soprano Suzanne Thorp ejecutando fragmentos de dramas wagnerianos y de los *Wesendonk Lieder*. Destacamos por su sensual cromatismo el lied „Schmerzen“ y una marcha fúnebre de Sigfrido de los más conmovedores y grandiosos acentos. Muy curiosa es la historia de este órgano, que estuvo instalado hasta 1911 en un castillo ubicado en Ilbarritz, cerca de Biarritz, en el País Vasco, perteneciente al aristócrata francés Albert Baron de l'Espée, un excéntrico, hipocondríaco y melancólico personaje que gustaba instalar gigantescos órganos (encargados a Cavallé-Coll y Mutin) en sus castillos solitarios. Como melómano prefería a Wagner antes que la música ligera de la opereta francesa, y era habitual verlo ejecutando fragmentos de *Parsifal*, *Tannhäuser* y *Lohengrin*, mientras contemplaba la hermosa vista del mar a través de las ventanas abiertas de par en par.

3. Hansjörg Albrecht, joven compositor y organista de gran reputación, nacido en 1972 en Freiberg, Sajonia, ha escrito una suite sinfónica para órgano „El Anillo sin palabras“ que ejecutó en el gran órgano de Sankt Nikolai en Kiel (*Oehms Classics 2006*). Mucho podrán mover la cabeza con un gesto de desaprobación, pensando que el órgano no es adecuado para la música *profana*. Pero este no es el caso: Albrecht, un perfecto wagneriano, ha respetado puntillosamente la partitura original, creando una bellísima y poderosa música que demuestra sobradamente lo que es capaz un órgano sinfónico.

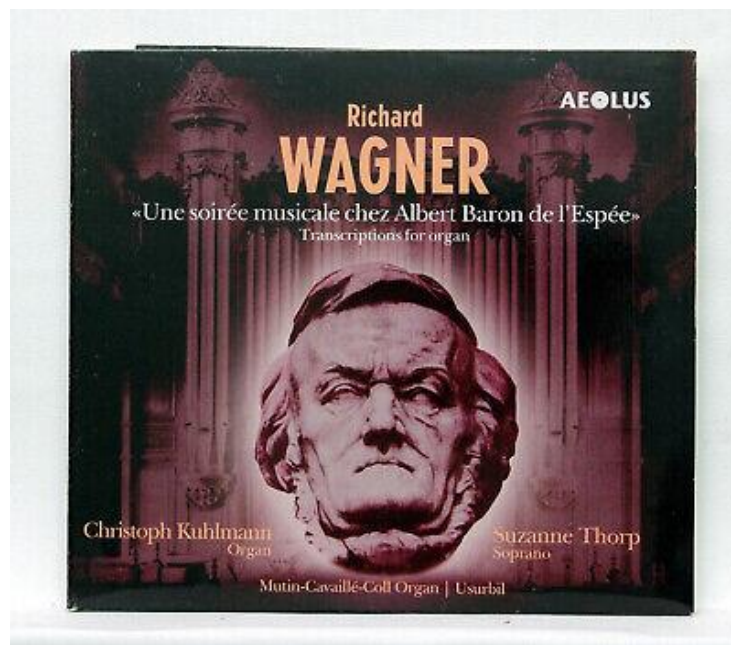
4. Dejamos para el final la ejecución hecha por el excelente y muy reconocido organista Peter Richard Conte de la *Despedida de Wotan y la música del fuego mágico*, tomados de *Die Walküre*, (Magic!, sello Gothic, 2005). El Wanamaker Grand Court Organ, ubicado en la tienda Lord & Taylor, Philadelphia, es uno de los instrumentos más grandes y complejos del mundo; tiene un peso estimado de 520 toneladas y más de 28.000 tubos, algo que posibilita la selección de tonos orquestales casi infinitos, cuyo resultado es una maravilla musical. El presente fragmento es una clara muestra de las extraordinarias facultades del instrumento.

Lo curioso que sucede con estas transcripciones, sin detenernos a pensar si proviene de un órgano o una orquesta –porque Wagner sigue siendo Wagner en uno y otro caso–, es que, escuchándolas, uno se olvida del mundo con sus vaivenes y azares, se olvida de la voluntad con su insoportable y fastidioso ego, para sumergirse de lleno en ese transfigurado universo del sentimiento que llamamos *Música*. Entonces es cuando sucede el milagro: nosotros mismos nos convertimos en melodía pura, sentimos cómo las notas del pentagrama nos rodean y envuelven hasta elevarnos por encima de las cumbres metafísicas de nuestro propio Ser, en ese lenguaje –como decía Schopenhauer– que en todos los países y a lo largo de todos los tiempos se comprende, ese lenguaje que lo impregna todo, llenando de belleza el orbe terrestre, ese lenguaje que no es otra cosa que la más profunda intimidad de nuestra esencia.

¿Quién, con mayor intensidad que nadie, sintió en su corazón esta sublime y apasionada efusión del sentimiento que Richard Wagner? Si la música antes era una fría y matemática combinación de los sonidos, hija del cálculo y la construcción aritmética, ¿quién otro la dotó de alma, corazón y vida? ¡Wagner!... sólo él percibió en los sonidos un idioma oculto, un lenguaje secreto, más allá de todas las abstracciones, razones y conceptos, que va directamente al corazón. Por eso, cuando escuchamos *Parsifal*, *el Anillo* o *Lohengrin*, nos damos cuenta que el drama de la finitud humana finalmente se resuelve, por encima de todas las cosas, en la reconciliación del hombre con la totalidad del Cosmos, gracias al redentor espíritu de la Música.

Espero sepa disculpar el lector, siempre amable y paciente, por haberme apartado del tema que trataba este artículo: la música de órgano y la música de Wagner. Estoy seguro que el gran genio de Bayreuth, aunque no veía con demasiado agrado los arreglos sinfónicos y las transcripciones para tal o cual instrumento –porque, de alguna manera, violentaban su obra–, estará satisfecho al oír a éste, el rey de los instrumentos, cuya música nos recuerda cómo la vida debe ser: profunda en la reflexión, grandiosa en la acción.

Sebastián Fabricius.



Associació Wagneriana. Apartat postal 1159 08080 Barcelona
<http://www.associaciowagneriana.com> info@associaciowagneriana.com